

CARNAVAL

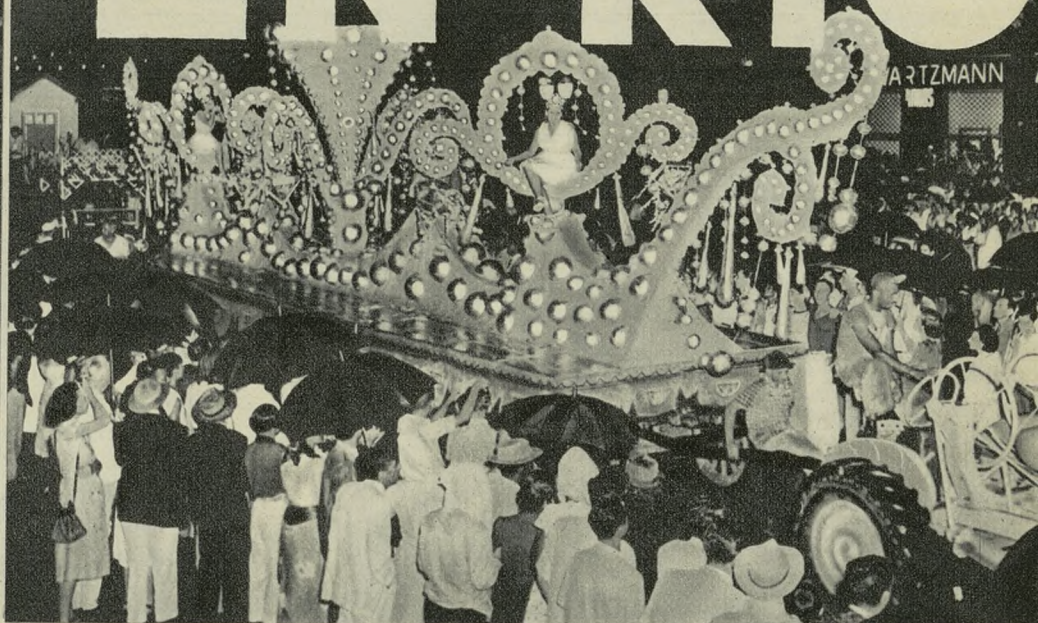
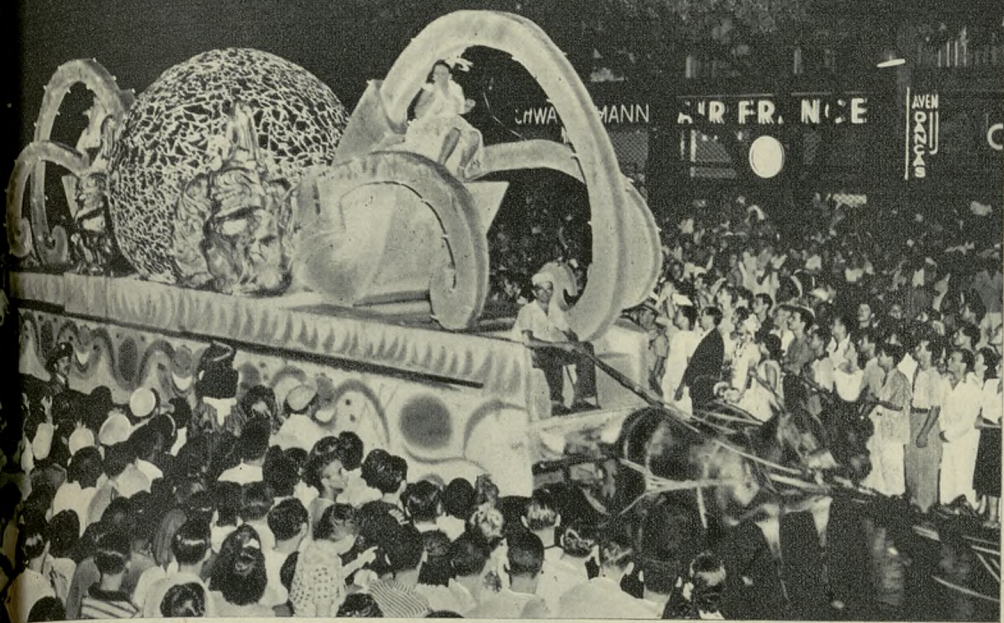
La gran pintora española Isabel Pons, que viaja hace meses, exponiendo sus cuadros, con gran éxito, por Suramérica, se halla en la actualidad en Río de Janeiro, donde recientemente ha pintado y expuesto con unánime elogio un excelente retrato del Presidente Dutra. Al admirable pincel de la pintora catalana debe MUNDO HISPANICO estos bellísimos apuntes al óleo del Carnaval de Río, "Bloque en la avenida de Río Branco" y "La batucada", que con verdadera satisfacción ofrecemos a nuestros lectores. En la pequeña "foto" que reproducimos al pie y que hemos publicado en el número 9 de esta revista, aparece la pintora Isabel Pons acompañada del Embajador español en Brasil, Sr. Conde de Casas Rojas, en el momento de inaugurarse su exposición en los salones de la Asociación de la Prensa, en Río, en septiembre último. La "foto" recoge asimismo cinco retratos del Presidente Dutra, quien tuvo a bien posar para la artista española.

En la siguiente página, arriba: Durante las noches de Carnaval, innumerables carrozas —"préstitos"—, adornadas de luz y embellecidas con la gracia de preciosas muchachas, recorren la avenida de Río Branco.

Abajo: Una "fantasía" de bahiana en uno de los numerosos bailes de los clubs de Río, en días de Carnaval. La linda disfrazada representa, con todos los honores, el tipo clásico de belleza femenina de la capital del Brasil.



EN RÍO



DICE la gente que el Carnaval de Río lo trajo en las maletas el buen Don Juan VI. Si eso es verdad, vendría revuelto, entre melancolías, con algo del desgarró madrileño de Carlota Joaquina, y como el equipaje se había hecho en Lisboa demasiado deprisa, con la bordada ropa interior de la reina por medio.

Había también en aquellas maletas, sin duda, mucha «saudade» en letras y músicas de fados, que parecían perdidos para siempre. Y algo así como una amorosa adivinación lisboeta del alma de los negros. Y algo, también, como una triste despedida, una última lágrima—que ahora percibimos que ya era anticipada—por esta Europa herida que América quiere todavía salvar... Todo se amontonó, entre miedos patéticos a Napoleón, en el equipaje de aquel Braganza plácido que con pollos asados y mermelada de banana pudo ir conllevando al largo de una vida los sobresaltos de un reinado inesperadamente lleno de aventura y el incendiario corazón borbónico de su ilustre mujer.

Lo cierto es que la llegada a Bahía de la Corte portuguesa tuvo ya algo de Carnaval previo. El propio Don Juan VI desembarcó, tras el azaroso viaje, vestido con las ropas prestadas por el Gobernador.

Ciento cincuenta años después es el Carnaval de Río de Janeiro el primero de América y del mundo. Murieron aquellos que fueron famosos en Europa. Y este de la capital federal del Brasil, en cambio, se fué enriqueciendo cada día con la extraña personalidad, el rico colorido, el profundo sentido teatral y novelesco y la inmensa fuerza musical del gran corazón africano que vive entre los otros muchos corazones del Brasil.

Hay en Río, cuando menos, tres ciudades superpuestas—y quedan aparte las soberbias arquitecturas forestales—: la ciudad de cuna portuguesa que se enorgullece de esa otra «cruz del Sur» que es el encuentro de las Avenidas de Getulio Vargas y Río Branco a la sombra del templo de la Candelaria, del Palacio de los Senadores, frente al Municipal—Cinelandia por medio—y del alegre Largo do Carioca, que



ARRIBA: COMO SE VE, LO ESPAÑOL TIENE PRESTIGIO EN RÍO. HE AQUÍ EN UNO DE LOS BAILES DE CARNIVAL, UNA LINDA MUCHACHA «FANTASIADA» DE TORERO. LA FOTOGRAFÍA DEJA VER TAMBIÉN OTRA, DISFRAZADA, CON UN POCO DE IMAGINACIÓN, DE GITANA ANDALUZA.

ABAJO: UN ADMIRABLE «BLOCO», ES DECIR, COMPARSA DE INDIOS, FOTOGRAFIADO EN UN MOMENTO DE DESCANSO, DURANTE SU DESFILE POR LAS CALLES.

EN EL CENTRO DE ESTAS DOS PÁGINAS: EL REY «MOMO» PRESENTANDO A LA MULTITUD A LA REINA DE LAS ACTRICES, EN UNA DE LAS TRIBUNAS DE LA AVENIDA DE RÍO BRANCO.

ARRIBA, DE IZQUIERDA A DERECHA: ENCANTADOR GRUPO DE MUCHACHAS DURANTE UNO DE LOS BAILES CARNAVALESICOS.

LA REPRESENTACIÓN HUMANA DEL REY «MOMO» FUÉ CREADA POR LA PRENSA. HE AQUÍ A FRANCISCO DE MORAIS, «REY MOMO I», FALLECIDO RECIENTEMENTE, QUE DURANTE QUINCE AÑOS HA ESTADO INVESTIDO DE LA MÁS ALTA JERARQUÍA CARNAVALESCA.

LA GRAN «SAMBISTA» LINDA BATISTA, CON UNA HERMOSA «FANTASÍA» DE BAHIANA, RODEADA DE SU CORTE DE HONOR.

ABAJO: EN CARNAVAL TODOS LOS CLUBS DE RÍO DE JANEIRO SE ALEGAN DE DANZAS. HE AQUÍ UN DIVERTIDO GRUPO DURANTE EL BAILE QUE SE CELEBRA TODOS LOS AÑOS EN EL TEATRO MUNICIPAL.



es la puerta de la sabrosa Plaza de Tiradentes, el aperitivo de la Plaza Quince; la ciudad americana, sin antecedentes, que corre desde el túnel de Copacabana hasta Lebrón, Ipanema, con sus chalets dormidos a la sombra de los árboles, entre ambos paraísos, y la ciudad africana, claro de que un Africa de oasis, Africa del Brasil, que bordea las otras, y a veces las rebasa, desde Boa Vista a la Lagoa de Rodrigo de Freitas, y trepa a los «morros», sedienta de arboledas, o se reclina a la orilla del agua, entre cañaverales, donde Guanabara termina y el Atlántico, vencido, lame los pies a la orgullosa carretera de Petrópolis. Esas tres ciudades viven con plenitud idéntica la locura de su Carnaval tradicional durante los

tres días y las cuatro noches que van desde el atardecer del sábado a la pálida aurora cenicienta del miércoles. Y, para ser sinceros, la ciudad oscura domina a las otras.

Todavía se llama «corso» al desfile de coches descubiertos y carrozas—los famosos «préstitos»—por las avenidas en la alta noche. Los bailes de disfraces—es decir, «fantasías»—en los Clubs, en los antiguos y célebres Casinos, donde ya no se juega; en los teatros y en las residencias particulares, cobran cada día mayor brillo. Pero el auténtico Carnaval de Río envuelve todo eso y lo sobrepasa. Lo vence. Los tambores negros de las «atucadas», de los «blocos», que son las comparsas, de las «escolas de samba», de los «cordones»—los cuales se conservan unidos entre sí e independientes de la multitud por una larga cuerda, y de ahí les viene el nombre—, de los «aranchos» y los que suenan, a lo lejos, en las «favelas», o sea las chozas, de los «morros» mantienen incesantemente, de día y de noche, sin fatiga ni pausa, su ritmo de danza africana, sobre las «sambas», las «marchinhas» y los terribles «fregos» de Bahía, de los que, desde el sábado hasta el miércoles, respira y vive la ciudad. Río de Janeiro entera, baila, baila y baila.

